

Graciela L. Ritacco

Pensar en Comunidad

Jornadas LET Hospitalidad

Mayo 2019

DEL INDIVIDUALISMO CONTEMPORÁNEO HACIA LA JUSTIFICACIÓN DE LA HOSPITALIDAD EN LOS PITAGÓRICOS

III. LO SEMEJANTE APRECIA LO SEMEJANTE

“Aseguran Calicles, los [Pitagóricos], hombres sabios, que el cielo y la tierra, los dioses y los hombres están vinculados entre sí (*synechein*) por una comunión (*koinônian*), hecha de amistad (*philian*) y decoro (*kosmoiotêta*), de temperancia (*sôphrosynên*) y justicia (*dikaiotêta*), comunidad que es la razón por la que los sabios dan a este universo el nombre de ‘*cosmos*’ o sea orden, y no desorden (*akosmian*) ni exceso (*akolasian*). Pero tú, a pesar de que eres sabio, no prestas atención a esto. Por el contrario, se te escapa que la igualdad geométrica prevalece ampliamente tanto entre los dioses como entre los hombres.” (Platón, *Gorgias* 508 a)¹

Quien así habla es Platón, que advierte una disposición proporcionalmente ordenada regidora de los ritmos cósmicos y de los acuerdos de convivencia humanos, siempre bajo la divina tutela. Sin embargo, la aclaración platónica debe completarse con las precisiones aportadas por J. Habermas cuando hace notar que

“la cuestión de la relación entre política y moral es moderna, puesto que sólo puede ser planteada después de que, con la disolución nominalista del derecho natural clásico, se vuelva problemática la unidad entre *nomos* y *ethos*, que en el marco de la doctrina tradicional de la política es comprensible de suyo. Hobbes funda la política

¹ Cf. Jámblico. *Protréptico*: 19. 5, sin citar a Platón, reitera este párrafo

como ciencia en el sentido moderno, donde ella ya no tiene más que ver primariamente con las cuestiones prácticas del obrar justo, sino con las técnicas de la organización correcta de la sociedad y del proceso correcto de la afirmación de poder.

La separación entre política y moral implica la de legalidad y moralidad.” (3)

Dejamos así planteado el ámbito dentro del que instalaré el deber de hospitalidad.

En relación con los huéspedes, considera Platón indispensable respetar ante todo a las dioses y *daimones* que son la escolta (*synepomenoi Dii*) de *Zeus Xenios* o sea Hospitalario, protector de los extranjeros. (*Leyes* 9.879 e) Por consiguiente, uno de nuestros más sagrados deberes es el que nos compromete con nuestros huéspedes extranjeros, porque al gozar de la hospitalidad cada huésped es *hôs hagiôtata symbolaia* o sea equivale a una de las dos mitades en que se corta el signo de reconocimiento que es el *symbolon*. El huésped es visto entonces como un otro yo que me complementa en lo que carezco y con el que mantengo un compromiso. De manera que toda falta cometida hacia él, alguien digno de la mayor compasión por su soledad (*erêmos*), es equivalente a la falta que pudiera afectar al suplicante (*hiketês*) puesto bajo la protección del dios que lo resguarda. (*Leyes* 5.729 e-730 a)

En *Las Leyes* Platón cataloga a los extranjeros en cuatro grupos que se diferencian según los diversos motivos por los que podrían acercarse a la *polis*. La primera clase de huéspedes está formada por quienes visitan con regularidad la ciudad, en general en verano con la intención de comerciar, pareciéndose a las aves migratorias. Serán recibidos en alojamientos en las afueras de la ciudad. Se deben regular sus estadías y mantener con ellos sólo las relaciones indispensables. La segunda clase está compuesta por los extranjeros que son fundamentalmente espectadores que se acercan para ver y oír. Se los alojará en las proximidades de los templos y recibirán el buen trato de hospedaje (*philoxeniais*) al ser atendidos de la mejor manera por los sacerdotes. Conforman el tercer grupo los extranjeros

que lleguen por razones de estado. De ellos se ocuparán las fuerzas militares con el deber de atenderlos. Por último, el cuarto grupo corresponde a los extranjeros que se dirigen a la ciudad con un interés contemplativo (*theôrôn*). Éstos se acercan por el gusto de observar lo bello del funcionamiento de las instituciones para evaluarlo. Serán recibidos y acompañados por los sabios, especialmente por quien se ocupe de la educación, y serán hospedados por el que se haya destacado por sus virtudes. Se intercambiarán en ese caso las enseñanzas entre hospedador y hospedado y luego partirán como amigos de amigos. Pero, en todos los casos, los huéspedes habrán de mostrar su reverencia a Zeus, patrono de los extranjeros (*timôntas xenión Dii*). (12. 952 e-953 e) En este sentido E. Benveniste nos explica que: “Bajo manifestaciones diversas encontramos la misma relación antigua de favor, de hospedador a hospedado, del dios a los hombres, del amo a los inferiores, del jefe de casa a los miembros de su familia. Es un vínculo estrecho que se establece entre las personas y que hace, entonces, de esta ‘amistad’ algo personal”. (222)

La amable atención que se presta a quien llegue desde lejos hasta la ciudad es presentada por Platón dentro de un marco más amplio. Pues nos recuerda honrar ante todo a los dioses Olímpicos y a las divinidades patronas de la ciudad, a los *daimones*, a los héroes y a los dioses tutelares del hogar. A partir de esa base corresponde honrar a los padres con quienes tenemos la primera y mayor deuda. Si la vida transcurre acorde con estos requisitos se obtendrá una digna recompensa de parte de los dioses y se llevará una vida plena de bella esperanza. Sin embargo nuestros deberes no concluyen acá, porque se complementan con las obligaciones para con los descendientes, parientes, amigos, pero también con el cuidado divinamente inspirado hacia los huéspedes. En definitiva el legal cumplimiento de todo esto embellece y regocija nuestras vidas. (*Leyes IV 717b-718b*)²

² Porfirio. *Vida de Pitágoras*: 38, reproduce esta admonición platónica sin mencionarlo.

Juliano, el Emperador Apóstata, conocía bien a Zeus Hospitalario (*xenion onomazomen Dia*), evocado por Homero (*Od.* 56), y a quien en la *Epístola 89 a Teodoro* lo llama también ‘Confraternal’ (*hetaireion Dia*). (291 b-c) Argumenta Juliano que es preciso ejercitar la *filantropía*, puesto que la divinidad es *filántropa* por naturaleza. (289 b) Juliano reconoce, por cierto, que la expansión del Cristianismo en el Imperio Romano se vio favorecida precisamente por la *filantropía* ejercitada hacia los extranjeros, por eso, en la *Epístola 84* exhorta a Arsacio a ofrecer numerosos hospicios en cada ciudad, citando nuevamente a Homero. (430 b) Su contemporáneo Gregorio Nacianzeno testimonia esta preocupación del Emperador en su *Oratio IV. 3*. Hemos visto así la notable continuidad que se mantuvo en cuanto al respeto y el compromiso con la recepción del huésped desde los testimonios de Platón hasta ya iniciada la era cristiana.

En verdad, Juliano, en los finales del siglo IV después de Cristo, fue un gran admirador de Jámblico, quien vivió a comienzos del siglo. Queda delineado así el hilo conductor que despliega la prolongación de la enseñanza homérica, que ha pasado previamente por Pitágoras y Platón antes de ser recogida por quienes, a finales de la Antigüedad, buscaban preservarla.

Apliquemos ahora el criterio propuesto por E. Benveniste. “Se trata de, por comparación y mediante un análisis diacrónico, hacer aparecer allí donde al principio no tenemos más que una designación, una significación. Así la dimensión temporal se convierte en una dimensión explicativa.” (10) “*Xenos* (extranjero) indica relaciones entre hombres vinculados por un pacto que implica obligaciones precisas que se extienden también a los descendientes.” (62) Ahora bien “*philos* (amigo) enuncia el comportamiento obligado de un miembro de la comunidad respecto al *xenos*, al huésped extranjero. (219) Por eso destaca E. Benveniste que “La noción de ‘amigo’ debe interpretarse en el marco de las relaciones de

‘hospitalidad’.” (223) “El intercambio de regalos con el huésped se apoya en el vocabulario del don desinteresado (*dosis, dôron, dôtinê*), un don en tanto que prestación contractual, impuesto por las obligaciones de un pacto, de una alianza, de una amistad, de una hospitalidad.” (48) “Habrá que partir de los empleos de los contextos que revelan en este término *philos* una red compleja de asociaciones, unas con las instituciones de hospitalidad, otras con las costumbres del hogar, otras también con los comportamientos afectivos, para entender plenamente las transposiciones metafóricas a que puede prestarse.” (226) “El pacto concluido bajo el nombre de *philotês* (amistad) hace de los contratantes *philoî*: en adelante están comprometidos en la reciprocidad de las prestaciones que constituyen la hospitalidad. He aquí el fundamento institucional de la noción de *philos* en la sociedad, con todas las implicancias de que está cargada esta relación personal. En particular, la *philotês* es susceptible de realizarse en circunstancias excepcionales, e incluso entre combatientes, como una convención solemne, en la que no participa para nada el sentimiento de ‘amistad’, en sentido trivial.” (220) Veamos ahora cómo E. Benveniste traza un recorrido filológico notable respecto de la amistad. Nos dice que: “De la antigua relación de ‘amistad’ que marca el védico *seva* a la relación mejor afirmada de ‘grupo de alianza matrimonial’ que aparece en el germánico *hiewa* y finalmente al concepto de ‘copartícipe de los derechos políticos’ que el latín *civis* enuncia, hay una progresión en tres etapas desde el grupo estricto hasta la ciudad. (...) Por su parte, en griego, *philos* tiene dos sentidos: además de amigo, tiene el valor de un posesivo. Por otro lado, en Homero todo el vocabulario de los términos morales está fuertemente impregnado de valores no individuales sino de relación. (...) El verbo *philô*: el

acto de besar³ tiene su puesto en el comportamiento de ‘amistad’ y como señal de reconocimiento entre *philoí*.” (217-221)

Tras la firmeza con que E. Benveniste inscribe la amistad en el interior de la hospitalidad llegó el momento de referirnos a la amistad pitagórica, que inspiró seguramente a Platón, pero que nos llega contada recién a comienzos del siglo IV de nuestra era cristiana por Porfirio y por Jámblico, quienes recogieron los dichos de Pitágoras, que habían sido transmitidos mayormente de manera oral.

Nos hace saber Porfirio en la *Vida de Pitágoras* que “escuchaba la armonía del universo porque comprendía la armonía universal de las esferas y de los astros que en ellas se mueven”. (30) “Apreciaba extraordinariamente a sus amigos y fue el primero que declaró que los asuntos de los amigos eran comunes y que el amigo era una réplica de uno mismo (*allon heauton*). Y si estaban sanos, pasaba su tiempo con ellos; si se encontraban enfermos, los cuidaba, y si sus lesiones eran psíquicas, les daba ánimos, a unos, con conjuros y ensalmos, a otros, con la música.” (33) Uno de los consejos que “con tono misterioso proponía bajo la forma simbólica para que sea descifrado, sostiene ‘no deshojar una corona’ lo que significa no ultrajar las leyes, pues éstas son las coronas de las ciudades.” (42) Pero “especialmente recomendaba decir la verdad, porque solamente eso podía hacer a los hombres semejantes a la divinidad”. (41) De manera que así como el amigo es un otro yo con el que todo se comparte aseguraba también que “todo lo que existía de índole animada era necesario considerarlo de la misma parentela.” (19) La *syngeneia*, el parentesco universal que reúne a todo lo animado

³ Señala E. Benveniste que Heródoto menciona la costumbre entre los persas. (I.134) También recuerda el uso del *philêma- osculum* entre los cristianos y en la consagración de la investidura en caballero. (221)

entre sí, puede hallarse también entre los Padres de la Iglesia, como por ejemplo en Gregorio de Nyssa.⁴

El término *philos* pertenece al griego más antiguo, pues ya está presente en el micénico, afirma E. Benveniste. En Homero queda vinculada a *aidôs* que significa respeto, reverencia, pero se extiende a sentimientos de piedad, misericordia, honor, lealtad, benevolencia colectiva, pudor, vergüenza. En síntesis ‘amigo’ está vinculado “con el sentimiento de una conciencia colectiva que implica el respeto por sí mismo pero que debe estrechar la solidaridad.” (219) Las aclaraciones de E. Benveniste nos permiten comprender el alcance cívico-político de la noción de amistad.

Hemos notado que el vínculo con el huésped mantiene un estrecho nexo con la noción de *philia*. Por otra parte, el empeño pitagórico-platónico consistió en extender cósmicamente su significación. De manera que nos resta indagar un poco más el peculiar concepto de amistad atribuido a Pitágoras. Jámblico, en *El modo de vida pitagórico*, se explaya acerca de la amistad de ‘todo con todo’, lo que incluye la hospitalidad como admisión de la diversidad entre las personas en virtud “de una correcta indagación de la *physis* (*heterophyllon de dia physiologias orthês*”.(69) Es decir que la amistad permite reconocer los rasgos de la naturaleza que muestran la coordinación y la regularidad de su funcionamiento, más allá de la enorme variedad con que pueda manifestarse. Esto servirá de modelo para la integración de las diferencias en el interior de una totalidad armoniosa, o incluso la incorporación de los opuestos, en cualquier situación, sea la que sea, cósmica o humana.

De alguna manera Jámblico caracteriza al modo de vida pitagórico haciéndolo girar precisamente en torno de la amistad, que ocupa un lugar central en el libro ya que vuelve a

⁴ Véase Ritacco, Graciela. “El hombre como imagen de Dios en *De hominis opificio* de Gregorio de Nyssa”. Tesis. Universidad de Buenos Aires, 1971

tratarla una y otra vez. Casi podríamos decir que el fundamento de la preeminencia de la amistad pitagórica se halla en el consejo dado por Pitágoras a los crotoniatas acerca de la conveniencia de fundar un santuario en honor de las Musas. En cierto modo, la valoración de las Musas expresa uno de los ejes de la exposición. Pues las Musas son quienes se ocupan de la preservación de la concordia (*homonoia*) en la ciudad. En primer lugar porque a todas estas diosas se las designa bajo la misma advocación de ‘Musa’. Luego, porque las hemos recibido tradicionalmente en conjunto, al brindarles siempre una gozosa estimación mediante los mismos honores para todas. Ellas conforman un único todo idéntico (*to synolon*) que danza y canta en círculo, o sea un *coro*, que suena al unísono (*symphônia*), con una misma armonía y un mismo ritmo. Es debido a eso que ellas dejan sentadas las bases para la concreción de la concordia (*homonoia*). Por obra de esta capacidad (*dynamis*) de las Musas se extiende su influencia y reciben su influjo no sólo las más bellas especulaciones sino también la concertación (*sumphônian*) y armonía de todo lo que existe. Destaca Pitágoras a continuación cómo la patria (*tên patrida*) resulta también un depósito (*parakatatêkên*) común confiado a nuestro cuidado, un bien hereditario para nuestros descendientes. (45-46)

La amistad pitagórica debe ser concebida entonces en un sentido muy amplio, tal como nos aclara Jámblico. “Es de todos con todos. Amistad de los dioses para con los hombres a través de la piedad (*eusebeias*) y el culto instruido (*epistêmonikês therapeias*); de las doctrinas unas con otras; del alma con el cuerpo y de la parte racional del alma con lo irracional mediante la filosofía con su correspondiente contemplación; de los hombres entre sí, sea de los ciudadanos mediante la sana observancia de la ley (*dia nomimotêtos hygiou*), sea con otros grupos humanos (*heterophylôn*) de acuerdo con una recta apreciación de la *physis* (*dia physiologias orthês*); del marido con la esposa, o los hijos, hermanos, parientes según un acompañamiento constante (*dia koinônias adiastrôphou*). Amistad también con los

animales irracionales de acuerdo con relaciones adecuadas y una natural vinculación y cercanía; y amistad del cuerpo mortal consigo mismo, a través de la salud y de manera templada, por pacificación y reconciliación de los poderes antagónicos ocultos en el cuerpo, en cuanto se ejercita una forma de vida adecuada, que mimetice el funcionamiento eficiente de los elementos.” (33. 229)⁵

De modo exaltado, concluye Jámblico, reconociendo con verdadera admiración que lo mejor del excelente tratamiento de la amistad por parte de los pitagóricos, reside en que supieron delimitar lo que nos toca en lo relativo a nuestra comunión (*koinônias*) con los bienes divinos, unido a todo lo que compartimos (*homonoias*) en lo relativo a inspiración (*ta peri tês tou nou*) y vitalidad (*ta peri tês theias psychês*) divinas. Por eso los pitagóricos se exhortaban entre sí a menudo para no dispersar lo que hay de divino en nosotros (*mê diaspân ton en heautois theon*), ya que todo el empeño amistoso, mediante palabras y obras, tendía a una especie de mezcla (*tina theokrasian*⁶) con Dios y a la unión (*henôsin*) y a la comunión (*koinônian*) espiritual y anímica (*kai ten tou nou ...kai tên theias psychês*) con lo divino. (240)

Jámblico es muy vehemente al afirmar nuestra participación en lo divino. Evoca así las enseñanzas órfico-pitagóricas que tanto interesaron a Platón.

“¿Cuál es entonces la actividad cara a Dios que implica seguirlo (*philê kai akolouthos*)?” se pregunta Platón. La respuesta se fundamenta únicamente en “la regla (*logon*) acerca de lo semejante que aprecia a lo semejante poseedor de su recta medida (*tôi homoiôi to homoion onti metriôi philon an eiê*).” Severamente Platón nos advierte acá que “Dios (*ho theos*) es la medida (*metron*) de todo (*pantôn chrêmatôn*) y no el hombre.” (*Leyes*, 4.716 c)

⁵ Este párrafo reitera lo dicho en Jámblico. *Vida Pitagórica*: 16. 69

⁶ Se registra sólo otra aparición del término en Damascio, *Vida de Isidoro* 5, de modo que Dillon-Hershbell lo consideran una construcción de Jámblico.

Por eso la *praxis* más adecuada para el hombre consiste en seguir a lo divino (*akolouthos theos*). Pues, como afirma “la antigua enseñanza (*ho palaios logos*), Dios sostiene en sus manos el principio, el fin y el medio de todo lo que es, ya que conduce rectamente el ciclo de la naturaleza hacia su finalidad (*eutheiâi perainei kata physin periporeuomenos*).” Este proceso va acompañado por la justicia que colabora para su cumplimiento. (*Leyes*, 4. 716 a). Ahora bien el prudente se asemeja a Dios, pero quien se deje llevar por el fuego (*phlegetai*) de la desmesura (*meth'hybreôs*) será dejado a su propio arbitrio abandonado por Dios (*erêmos theou*). (*Leyes*, 4. 716 a-d)

Ante tal insistencia en la semejanza del hombre con lo divino podríamos preguntarnos qué es lo propio de la humanidad para corroborar o no esta presentación pitagórico-platónica. Abundan en estos días las reflexiones y las prácticas que apuntan a una supresión de algunos de nuestros deficit específicos en una dirección superadora, autodenominada ‘transhumanismo’. Sin embargo es la pretensión misma de trascender nuestros límites lo que evoca una molesta inquietud que nos lleva a averiguar si ir más allá de lo dado constitutivamente al género humano no acarreará -quizás- una inevitable y previsible deshumanización. Ante la imposibilidad de zanjar de modo definitivo la cuestión, hemos retomado la pregunta acerca de qué es el hombre con las herramientas del maestro Pitágoras quien, si bien nada nos dejó por escrito, a finales de la Antigüedad fue puesto de modelo a seguir debido a la ejemplaridad de su enseñanza. Según nos cuentan, este *theíos anêr*, este hombre divinizado, se explayó acerca de la responsabilidad que implican las relaciones humanas. Elaboró para fundamentarlo una explicación acerca de la amistad en un sentido amplio.

Al profundizar en la comprensión de la hondura de la *filia* así entendida, llegamos a ‘la imagen del hombre primordial’, como lo llama Gilbert Durand: “Es la figura en quien Dios

depositó aquel poder de aceptar o de rechazar el acceso a la semejanza divina”. (162-164)
 Pareciera que se abre de este modo la posibilidad de una *philosophia perennis* acerca de lo humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Benveniste, Émile. *Vocabulario de las instituciones europeas: I. Economía, parentesco, sociedad. II. Poder, derecho, religión*. Trad. J. Lallot-M. Armiño-J. Siles. Madrid: Taurus, 1983. Impreso
- Durand, Gilbert. “Desfiguración filosófica y figura tradicional del hombre en Occidente”. *La crisis espiritual de Occidente*. Ed. y trad. Alain Verjat. Madrid: Siruela, 2011. Impreso
- Habermas, Jürgen. “Sobre la relación entre política y moral”. Trad. E. Laserre. *Escritos de Filosofía*. 1986: 17-18. Impreso
- Hernández de la Fuente, David. *Vidas de Pitágoras*. Girona: Atalanta, 2014. Impreso
- Jámblico. *Vida Pitagórica- Protréptico*. Trad. Miguel Periago Lorente. Madrid: Gredos, 2003. Impreso
- *On the Pythagorean Life*. Translated with notes and introduction by Gillian Clark. Liverpool: Liverpool University Press, 1989. Impreso
- *On the Pythagorean Way of Life*. Text, translation, and notes by John. Dillon-Jackson Hershbell. Atlanta-Georgia: Scholar Press, 1991. Impreso
- L’Empereur Julien. *Lettres et Fragments*. Texte revu et traduit par J. Bidez. Paris: Belles Lettres, 1924. Impreso
- Platon. *Oeuvres Complètes*. Trad. Leon Robin-J. Moreau. Paris: Gallimard, 1950. 2 vol. Impreso
- *The Collected Dialogues*. Ed. Edith Hamilton-Huntington Cairns. Princeton: Princeton University Press, 1989
- *Opera III*. Ed. Ioannes Burnet. Oxford: Oxford Classical Texts, 1961. Impreso
- *Opera V*. Ed. Ioannes Burnet. Oxford: Oxford Classical Texts, 1962. Impreso

Porfirio. *Vida de Pitágoras*. Trad. Miguel Periago Lorente. Madrid: Gredos. 1987. Impreso

Ritacco, Graciela. “El hombre como imagen de Dios en *De hominis opificio* de Gregorio de Nyssa”. Tesis. Universidad de Buenos Aires, 1971 Impreso

- - - - - “*Orphica: ¿psychagogia o religion?*”. *Epimeleia* 2004: 13 (13-26)

- - - - - “*La katabasis del alma. Imaginario órfico en Proclo*”. *Problemas del imaginario en la cultura occidental*. Comp. Hugo Bauzá. Bs.As: ANCBA, 2010 (141-151)

- - - - - “*La ousia mathematikê y el alma*”. *Anuario Epimeleia*. 2017: 7-8 (25-34)

- - - - - “*Címbalo con címbalo: sínodo de lo angélico con lo humano (GNO V.66)*”. *Congreso Patrístico de Manuscrito*. San Juan, 2017

- - - - - “*Vivir pitagóricamente*”. *Jornada de Filosofía: Jámblico y la filosofía teurgica*. Bs.As.: Universidad del Salvador, 2018

The Pythagorean Sourcebook and Library. Comp. Guthrie, Kenneth Sylvan. Michigan: Phanes Press, 1988. Impreso